

fuerzas, concentrar sus tropas, y apoderarse á viva fuerza de la persona del Monarca. Por eso cuando recibieron el aviso de presentarse en Chinon, en día determinado y hora fija, ninguno compareció, haciendo lo mismo cuando se les citó nuevamente á Tours y mas tarde á Vendome.

No pudiendo suponer Doña Blanca tan incalificable proceder en nobles pechos, habíase apresurado desde el principio de las negociaciones á restituir á algunos señores, á quienes juzgó con mas derecho, sus confiscados dominios para hacerles ver que nó el mezquino interés, sino el bien del Estado y la justicia la impulsaban; y para acabar de desterrar toda sombra de enojo que pudiera producirles el verse gobernados por una estrangera, hizo que el Rey declarase que queria gobernar por si mismo.

Léjos de corresponder á tantas deferencias los Príncipes coaligados, completamente de acuerdo, y á la cabeza de sus tropas resolvieron jugar el todo por el todo, y para ello siguiendo la marcha desleal que habian emprendido desde un principio, al tener noticias ciertas de que confiada Doña Blanca se dirigia á Vendome, acompañada de su hijo y seguida solo de una pequeña escolta, apostaron gruesos destacamentos en Chartres y otros varios puntos del camino, para sorprender á Doña Blanca y arrebatarle á su hijo.

Pero como la traicion rara vez deja de ser descubierta por la traicion misma, los bastardos planes de aquellos indignos magnates llegaron oportunamente á noticias de Doña Blanca. Temerosos de Tibaldo, le habian ocultado sus designios, y descubiertos por éste que no podia perdonarles su desconfianza, bien pronto conoció la ilustre Princesa todas las circunstancias de la trama urdida.

Así fué, que deteniéndose en el camino que ya habia emprendido de Vendome, condujo al jóven monarca al castillo de Montlheri, y despachando activos y fieles mensajeros á la capital del Reino, puso en noticia de los parisienses el riesgo á que se veia espuesto su hijo, haciendo un elocuente llamamiento á su lealtad y probado valor. No quedaron, á la verdad, defraudadas las esperanzas de la Regenta y

de la madre. Reunidas las milicias con estraordinaria rapidez, bien pronto un formidable ejército llegó á las puertas del castillo de Montlheri, y condujo en triunfo á los Reyes á Paris, sin que los orgullosos magnates osaran disputarles el paso, á pesar de tantos alardes de fuerza. La traicion convierte en débiles los corazones mas esforzados; y en aquella ocasion motivos tenian los rebeldes para temerlo todo, oyendo por donde quiera al alborozado pueblo «¡Dios salve al rey y confunda á sus enemigos! 1»

Tal era el resultado que ofrecia la sabia política de Doña Blanca, encaminada siempre á buscar el firme apoyo del pueblo, como el poderoso cimiento de su autoridad y de su poder; y aquella espontánea prueba del amor popular, causó tan profunda impresion en los corazones agradecidos de Blanca y Luis, que jamás la olvidaron, procurando siempre por el bienestar de aquel pueblo, que á su vez les devolvía con creces el verdadero sentimiento de su espontáneo cariño, no de la adhesion forzada por un falso respeto.

Pero la lealtad del Conde Tibaldo, sujeta á los impulsos de una ambicion nunca bastante satisfecha, cedió de nuevo á las instigaciones de los conjurados, que á pesar del mal éxito que seguia á todas sus tentativas, no desistían por eso de su propósito. Los condes de Bretaña y de Bolonia, conociendo la gran influencia de aquel magnate, trataron de atraerlo de nuevo á su partido, y no tuvieron necesidad de esforzar mucho sus manejos para conseguirlo. Aceptó nuevamente el papel de conspirador, y sin reparo alguno entró en una nueva trama muy semejante á la que él mismo habia desbaratado; que los dignos reparos de la pudorosa consecuencia son leves aristas que arrebatan en su impetuoso torbellino el violento huracan de la ambicion humana.

El Conde de Bretaña levanta al fin abiertamente su rebelde bandera: algunos gefes de las tropas del rey mantienen con él secretos tratos, y conciertan la mejor y mas segura manera de apoderarse de

la persona del Monarca. El atrevido propósito estaba á punto de realizarse, cuando el inconsecuente Tibaldo, el hombre de la constante indecision, descubrió el complot á los Reyes, y disponiéndolo todo Doña Blanca con la actividad y energía que formaban dos de las mas relevantes cualidades de su carácter, en breve salió á campaña el mismo Luis al frente de 300 ginetes y mayor número de peones.

Sin necesidad de combatir, venció tambien esta vez á sus enemigos. El conde de Bretaña al verse tan completamente descubierto, prefirió rendirse á luchar, y recurriendo á la piedad del Rey imploró su perdon. Luis, siguiendo los sabios y generosos consejos de Doña Blanca, se lo concedió, y con esto cesaron las contiendas calmándose por algun tiempo aquella estraña y continua guerra tan inmotivada como rastrera de los orgullosos magnates. La princesa estrangera supo hacerles ver la gran altura á que se encontraba en genio y en saber, respecto de ellos, y como acontece siempre, tuvo el orgullo insensato, que humillarse ante la incontrastable sensatez de la justicia.

Al mismo tiempo que tan molestas rencillas traian en continua agitacion á Doña Blanca, otros asuntos de diversa indole, pero no por eso menos graves, llamaban la atencion de la ilustre princesa. Las guerras de los albigenses renováronse con mas ardor; pero la madre del Monarca, que así disponia lo necesario para la guerra, como estatua sabias ordenanzas para sus pueblos, atendiendo con igual solicitud á sostener el poder del Pontifice y del Monarca, venció á los albigenses, obligando al conde de Tolosa, que los apoyaba, á reconocer la autoridad respectiva de ambos soberanos; y sobreponiéndose á vulgares é infames calumnias de sus enemigos, que se estrellaban todos en el invulnerable baluarte de su virtud, ajustó con el Conde un ventajoso tratado para la Francia, siendo uno de sus artículos que aquel casaria á su hija única Doña Juana, entonces de nueve años de edad, con el príncipe Alfonso, hermano menor del Rey, y que en caso de que no tuviesen sucesion, la herencia de Juana pasaria á la familia de su marido; lo cual sucedió pues murieron Doña Juana y

D. Alfonso sin hijos, con lo que el condado de Tolosa, entró á formar parte de la corona, aumentando el territorio francés.

A pesar de tantas y tan repetidas pruebas de la superioridad de Doña Blanca, y de que era en vano luchar con ella, los inquietos magnates sugetos mal de su grado, empezaron de nuevo á revolverse; pero no atreviéndose á dirigir sus tiros contra la Regente, creyeron mas seguros medios de conseguir sus bastardos fines, privarla del apoyo que la prestaban principales, aunque no muy seguros adictos.

Sobresalia entre ellos el tantas veces nombrado Conde de Champaña, y como ya se habia hecho objeto del odio de los magnates por sus repetidas defecciones, trataron de poner asechanzas á su vida, presentándole para atraerlo un plan y un porvenir de los mejor combinados y alhagüeños. Ofreciéronle la mano de Yolanda, hija del Conde de Bretaña, y que por su discrecion, riquezas y hermosura era la mas codiciada doncella de toda la Francia.

Instable Tibaldo, y la oferta, en verdad tentadora, no es de estrañar que la aceptase, y fácilmente concertadas las voluntades, llegóse hasta el punto de señalarse lugar y dia para la celebracion del matrimonio. Dispúsose que la ceremonia tuviera lugar en Val-secret cerca de Chateau-Thierri, y todo estaba dispuesto para la gran festividad que se proyectaba, y para el desgraciado fin del inconsecuente Tibaldo, cuando noticiosa de todo Doña Blanca, y hallando en esta ocasion la mejor de pagar al de Champaña los favores recibidos, y nuevo motivo de demostrar á los incorregibles señores, que en vano pretendian coaligarse contra ella, llamó á Tibaldo, le esplicó los siniestros planes de sus enemigos, y el engañado conde retiró la palabra que tenia empeñada al de Bretaña, rompiendo con esto la proyectada liga.

Indignados los burlados barones, recurrieron á otro medio no menos astuto, aunque igualmente pequeño para vengarse de Tibaldo. La Reina de Chipre, Alix ó Adelaida, pretendia tener derecho al Condado de Champagne, y los enemigos de Tibaldo se declararon protectores de aquella princesa, entrando por los estados del Conde como en país de conquista, sin que fuesen bastantes á detenerlos las